

La Base De La Comunión Eclesiástica

Martín Lutero

Sermón para el Día de San Pedro y San Pablo.

Fecha: 29 de junio de 1522.

Texto: Mateo 16:13-19. Viniendo Jesús a la región de Cesárea de Filipo, preguntó a sus discípulos, diciendo: ¿Quién dicen los hombres que es el Hijo del Hombre? Ellos dijeron: Unos, Juan el Bautista; otros, Elías; y otros, Jeremías, o alguno de los profetas. Él les dijo: Y vosotros, ¿quién decís que soy yo? Respondiendo Simón Pedro, dijo: Tú eres el Cristo, el Hijo del Dios viviente. Entonces le respondió Jesús: Bienaventurado eres, Simón, hijo de Jonás, porque no te lo reveló carne ni sangre, sino mi Padre que está en los cielos. Y yo también te digo, que tú eres Pedro, y sobre esta roca edificaré mi Iglesia; y las puertas del infierno no prevalecerán contra ella. Y a ti te daré las llaves del reino de los cielos; y todo lo que atares en la tierra será atado en los cielos; y todo lo que desatares en la tierra será desatado en los cielos.

Introducción: La iglesia necesita un conocimiento sólido de las Escrituras

Este pasaje del Evangelio os es bien conocido. Se lo ha tratado durante tanto tiempo, en sermones y en otras formas, que ya prácticamente todo el mundo debiera estar familiarizado con él. Y en verdad, es por mucho el pasaje mejor y más importante de todo el relato que nos dejara el evangelista Mateo. Ya desde los albores de la iglesia cristiana se ha querido ver en este pasaje la distinción de una persona determinada; y por otra parte, de ningún otro pasaje surgieron males de tan funestas consecuencias, cosa inevitable cuando las Escrituras caen en manos de hombres inescrupulosos. Éstos las someten a las interpretaciones más arbitrarias —como en efecto ocurrió—, y cuanto más sagrado el texto, tanto mayor es el peligro de que se lo explique y aplique de una manera errónea y abusiva. Conviene recordar, pues, a modo de regla general: si alguien deambula por las Escrituras sin rumbo fijo y sin seriedad, y sin un conocimiento sólido en que pueda hacer descansar su corazón, el tal hará mejor en abstenerse del todo de hacer intentos de interpretación. Pues si el diablo te atrapó con su horquilla, de modo que te falta la tan imprescindible base de una certeza inequívoca, te zarandeará de un lado para otro hasta que al final ya no sabrás qué dirección tomar. Por esto debes tener la necesaria certeza y esforzarte por llegar a una comprensión clara y específica.

Importa ver en Jesús no sólo al Santo, sino al Cristo.

Lo que se enfatiza en este Evangelio es la necesidad de saber qué es Cristo. Hay dos maneras de conocer a Cristo. La una consiste en fijar la atención en los detalles de su vida. En este sentido se dice aquí: "Unos dicen que tú eres Elías, otros dicen que eres Juan el Bautista, etc." Así ocurre donde habla solamente la razón natural humana, la "carne y sangre". La razón no puede tener de Cristo otro concepto que el de un hombre santo y justo que con su vida nos da un excelente ejemplo al que debemos seguir. A otra comprensión de Cristo, la razón no es capaz de

llegar, aun cuando el Señor anduviera hoy mismo entre nosotros personalmente. Ahora bien: para el que acepta a Cristo de esta manera, como mero ejemplo de una vida en rectitud, para éste el cielo permanece aún cerrado. Un hombre tal todavía no entiende a Cristo ni le conoce; para él, Cristo es un santo varón como lo fue Elías. Por lo tanto, toma buena nota de esta regla: Donde el único criterio es el de la razón humana, se ve en Cristo nada más que a un maestro y hombre santo. Y este entendimiento persistirá hasta tanto que el Padre celestial mismo nos enseñe otra cosa.

La otra manera de conocer a Cristo es la que halla expresión en las palabras de San Pedro: "Tú eres un hombre muy especial. No eres ni Elías ni Juan etc.; no eres uno que se ofrece como ejemplo para los demás. El caso tuyo es muy distinto: tú eres Cristo, el santo Hijo de Dios". Tal cosa no se puede afirmar de ningún santo, ni de Juan, ni de Elías ni de Jeremías ni de otro alguno. Por lo tanto, si se le tiene a Cristo sólo por un hombre santo, la razón humana jamás saldrá de su incertidumbre; apuntará ora a uno, ora a otro, caerá de Elías en Jeremías. Aquí empero se le asigna a Cristo un lugar particular y se le considera como algo especial y bien definido, más allá de todos los santos. Pues si tengo de Cristo un concepto impreciso, mi conciencia jamás se aquietará, y mi corazón nunca hallará reposo. Por esto se hace aquí una diferencia entre la fe y las obras; Cristo mismo nos aclara cómo hemos de tomar posesión de él. No con obras propias. Con obras nadie se le puede acercar. Antes bien, las obras se irán produciendo una vez que nos hayamos acercado a él. En primer lugar, yo tengo que entrar en posesión de sus bienes, de modo que él sea mío, y yo sea suyo. A esto quiere alentarnos Pedro cuando dice: "Tú eres Cristo, el Hijo del Dios viviente etc." Y así lo reconoce Cristo mismo al replicar: "Bienaventurado eres, Simón, hijo de Jonás, porque no te lo reveló carne ni sangre, sino mi Padre que está en los cielos. Y yo también te digo, que tú eres Pedro, y eres una roca, y sobre esta roca edificaré mi iglesia; y las puertas del infierno no prevalecerán contra ella."

1. La iglesia está basada en Cristo solo, como en una roca.
La palabra acerca de Cristo es el único fundamento.

Todo depende entonces de que se sepa qué es la roca, qué es la iglesia, y qué el edificar. Es preciso que exista una roca como fundamento sobre el cual pueda descansar la iglesia, según las propias palabras de Cristo: "Es sobre una roca que debe estar edificada mi iglesia etc." Y esta roca o fundamento es Cristo, o sea, la palabra acerca de Cristo. Pues a Cristo no se le puede conocer sino mediante su palabra; sin ésta, incluso la presencia física de Cristo carecería para mí de valor, aun cuando él se me apareciera en este mismo momento. Estas palabras empero — cuando se me dice: "Esto es Cristo, el Hijo del Dios viviente" — estas palabras me lo hacen conocer y me lo describen. En ellas me baso; y ellas son entonces para mí tan ciertas, tan verídicas, tan confirmadas, que ninguna roca puede ser tan segura y tan sólidamente fundada y fortificada.

Así, pues, lo que aquí se denomina "roca" no es otra cosa que la verdad cristiana y evangélica que me hace conocer a Cristo; porque a raíz de este conocimiento que ella me comunica, yo fundo mi conciencia sobre Cristo, y contra esta roca no prevalecerá poder alguno, ni aun las puertas del infierno, como dice también San Pablo en 1ª Corintios 3 (v. 11): "Nadie puede poner otro fundamento que el que está puesto, el cual es Jesucristo". Lo mismo fue dicho también por Isaías, capítulo 28 (palabras a que se refiere Cristo en nuestro Evangelio de hoy): "He aquí que yo pondré en Sion por fundamento una piedra, piedra probada, piedra preciosa, de cimiento estable; el que en ella cree, no será avergonzado". Este texto lo emplean los apóstoles

como argumento poderosísimo; lo hallamos citado también en 2ª Pedro 2 v. 6) y en Romanos 10 (v. 11). Aquí se os demuestra con toda claridad que Dios quiere poner una sola piedra fundamental, una piedra principal, una piedra preciosa, una piedra angular, y fuera de ella ninguna otra; y esta una piedra es Cristo y su evangelio. El que está fundado sobre esta piedra, no será avergonzado; tan firme será su posición, que todas las puertas del infierno no lograrán prevalecer contra él. Por consiguiente, Cristo solo es la piedra o roca; y donde se quiere poner otra roca por fundamento, apresúrate a hacerte cruces; porque allí con toda seguridad estará el diablo. En efecto, este texto no se puede aplicar sino a Cristo, como lo afirma también el apóstol Pablo⁴; el significado propio y correcto de la palabra "roca" es éste, y nadie lo podrá negar.

No es posible que además de Cristo, también Pedro sea el fundamento

Las altas escuelas por su parte tampoco ponen en tela de juicio el pasaje en cuestión, ni tienen reparos en admitir que Cristo es la roca. Pero sostienen que además, también San Pedro es una roca, e intentan así colocar al lado de la piedra principal una piedra secundaria, y trazar junto al camino real una senda lateral que se pierde en los matorrales. Y esto no podemos ni queremos tolerarlo, pues cuanto más importante sea un texto, tanto más celosamente debemos preservarlo de tergiversaciones. Por lo que dicen Isaías y Pablo, no puede haber ninguna duda de que la piedra fundamental es Cristo y nadie más. Pues bien: la interpretación que hacen ellos es la siguiente: Cuando Cristo dice: "Tú eres Pedro, y sobre esta roca edificaré mi iglesia", ello significa, en opinión de ellos, que dicha roca es Pedro y todos los papas que le sucedieron. Consecuentemente, debe haber dos rocas, pero esto no puede ser. Pues en nuestro Evangelio, Pedro le asigna a Cristo un lugar aparte, único y especial; no quiere que ni Juan ni Jeremías le sean equiparados, ni tampoco que uno de estos santos varones sea la roca — y el papa más de una vez ha sido no un santo varón sino un malvado, y en ningún caso llega a la altura de un San Juan o de un Elías u otro profeta. Y si no puedo basarme sobre Juan o sobre Jeremías etc., hombres tan santos, ¿cómo podría basarme entonces sobre un pecador poseído por el diablo? Además, en nuestro texto Cristo nos quita de los ojos, casi con violencia, a todos los santos, incluso a su propia madre: él quiere que haya una sola roca, no dos como quieren los papistas. Y bien: entonces tienen que mentir ellos, o tienen que mentir las Escrituras. Y como las Escrituras no pueden mentir, llegamos a la conclusión de que todo el régimen papal está asentado en tierra pantanosa, sobre mentiras y palabras que son blasfemias contra Dios; y concluimos además que el papa es el archiblasfemador al aplicar a su propia persona un texto bíblico que debe aplicarse exclusivamente a Cristo. Él, el papa, quiere ser la roca, y quiere que la iglesia sea edificada sobre él — exactamente como Cristo lo predijo en Mateo 24 (v. 5): "Vendrán muchos en mi nombre, diciendo: Yo soy el Cristo". De esta manera, el papa se hace pasar por Cristo. No que quiera usurpar su nombre; no dice: "Yo soy el Cristo". Pero sí quiere usurpar el carácter y el oficio a que sólo Cristo tiene un derecho.

El corazón del creyente edifica sobre Cristo como el firme fundamento

Quedamos, pues, con que el significado de nuestro pasaje es sencillamente éste: Cristo es la piedra fundamental; sobre él debe estar edificada la iglesia, y ningún poder del mundo ha de prevalecer contra ella. Esta iglesia se asemeja a una casa bien construida que confía solamente en sus buenos cimientos, o a un castillo fundado sobre una roca. Un castillo de tal naturaleza da la impresión de que quisiera decirnos: "Yo tengo un fundamento sólido; en este fundamento

confío". Lo mismo hace también el corazón cuya esperanza es Cristo. Este corazón dice: "Yo tengo al Cristo, el Hijo de Dios; sobre él me baso, en él confío como en una roca inamovible; nada podrá dañarme." Cuando en nuestro texto se habla de "edificar sobre la roca", ello no significa, pues, otra cosa que creer en Cristo y poner toda la confianza en él, con la firme convicción de que él es propiedad mía, junto con todos sus dones; porque yo estoy fundado o parado sobre todo lo que Cristo tiene y puede. Su pasión, su muerte, su justicia y todo lo que es suyo, es también mío. Sobre esto descanso, tal como una casa sobre una roca: esta casa descansa sobre todo lo que constituye el poder y la fortaleza de la roca. Si yo descanso en tal forma sobre Cristo, y si sé que él es el Hijo de Dios, que su vida es más grande que todas las muertes, su honra más grande que todas las vergüenzas; que la dicha que él confiere es más grande que todas las desdichas, la justicia que de él emana más grande que todas las injusticias etc. — entonces nada podrá prevalecer contra mí, aun cuando se juntaran contra mí todas las puertas del infierno. En cambio si mi fundamento no es esta roca sino otra cosa, por ejemplo una obra (aun cuando fuesen más las obras de todos los santos, incluso las de San Pedro, pero sin la fe de Pedro), entonces estoy en contra de Cristo. Pues contra la luz de Cristo, todo es oscuridad; contra su sabiduría, todo es insensatez; contra su justicia, todo es pecado. Y si permanezco sobre el fundamento que yo mismo me construí, es decir, si confío en mis obras, y luego me encuentro con Cristo en el juicio final, se me arrojaría a la condenación eterna. Mas si me apropié a Cristo y me baso en él, me apropio su justicia y todo lo que es suyo. Esto me hace estar en pie delante de él de modo que no seré avergonzado. ¿Y por qué no podré ser avergonzado? Porque estoy fundado sobre la justicia de Dios, que es Dios mismo. Esta justicia, Dios no la puede rechazar, pues ello significaría rechazarse a sí mismo. Ahí tenéis, explicado en palabras sencillas, el significado correcto de aquello del "fundamento". No os dejéis desviar de este entendimiento; de lo contrario seréis derribados de la roca, y condenados.

2. Solo Cristo puede otorgar a la iglesia el carácter de una roca. Pedro y los cristianos son sólo partículas de la Roca Cristo.

Se me podrá objetar: "¿Acaso Cristo no dice aquí claramente: 'Tú eres Pedro, y sobre esta roca edificaré mi iglesia' etc.?" Así dice, en verdad; pero esto tenéis que entenderlo en este sentido: Si Pedro es llamado aquí una roca, y si también Cristo se llama una roca, entonces Cristo es la roca entera, y Pedro es un pedazo de la roca. En forma análoga, Jesús se llama el Cristo, y nosotros, según el nombre suyo, nos llamamos cristianos, por la comunión con él y la fe en él, por cuanto mediante dicha comunión y fe también nosotros adquirimos un carácter semejante al de Cristo. En efecto: por medio de la fe llegamos a ser de un mismo espíritu con Cristo, y recibimos su carácter; o sea: él es bueno, santo y justo — así también nosotros somos justos, por medio de él; y todo lo que él tiene y puede, de esto podemos gloriarnos también nosotros. La diferencia está en que Cristo posee todos sus bienes en virtud de su oficio y por derecho propio, nosotros en cambio los poseemos en virtud de su gracia y misericordia. En tal sentido Cristo llama aquí a Pedro una "roca" por cuanto ese Pedro está asentado sobre la roca Cristo, y por Cristo se convierte también él en una roca. De igual manera, también todos nosotros debiéramos llevar el nombre "Pedro", quiere decir, piedra o roca, porque conocemos a Cristo, la roca.

Puede ser que los teólogos papistas sigan insistiendo y me contesten: "De tu explicación, cada cual puede opinar lo que quiera. Yo por mi parte me atengo a las palabras del texto. Y este texto dice: "Tú eres Pedro, y sobre esta roca edificaré mi iglesia". De esto se desprende claramente que Pedro es la roca." A quienes os hablen de esta manera, citadles las palabras que

siguen inmediatamente después: "Contra esta roca no podrán prevalecer todas las puertas del infierno". Sabemos sin embargo que Pedro no pudo resistir el embate de las puertas del infierno; porque no mucho después el Señor le llama "Satanás". Cuando el Señor habló a sus discípulos de que le era necesario ir a Jerusalén y padecer mucho de los judíos, y ser muerto, y resucitar al tercer día, Pedro tomó la palabra y le hizo reproches al Señor: "Lejos esté esto de ti; en ninguna manera te acontezca tal cosa". Entonces el Señor le respondió: "¡Quítate de delante de mí, Satanás, tentador!" En estos momentos, la roca se habría desplomado, y las puertas del infierno habrían prevalecido contra ella, si la iglesia hubiera estado edificada sobre Pedro; porque el Señor añade: "Pedro, lo que tú quieres, no coincide con lo que Dios quiere". ¿Viste, mi amado oyente? Aquí el Señor llama "Satanás" al mismo Pedro a quien poco antes había llamado santo y bienaventurado. ¿Por qué? Todo esto sucedió para que el Señor les tapara la boca a los charlatanes inútiles que quieren ver edificada la iglesia sobre Pedro y no sobre Cristo mismo. Además, Cristo quiso confirmarnos en nuestro entendimiento de la palabra para que sepamos que la iglesia no está edificada sobre un charco o sobre un estercolero sino que está fundada firmemente sobre Cristo, el cual es una piedra angular, una piedra fundamental de cimiento estable, como dice Isaías (28:16). Además, ¿qué pasó cuando la criada le acosó a Pedro con sus preguntas? ¡El valiente Pedro negó a Cristo! Y bien: si Pedro cae, y yo tengo a Pedro por fundamento, ¿dónde quedará yo? Si el diablo llegara a remover al papa, y yo hubiera hecho a éste el objeto de todas mis esperanzas, mi situación sería por cierto más que mala. Es por esto también que Cristo permitió que Pedro sufriera esa caída: fue para evitar que le consideráramos una roca y edificáramos sobre él. Pues es preciso que estemos edificados sobre aquel que puede hacer frente victoriosamente a todos los diablos; y éste es Cristo. Por lo tanto, no te dejes desviar del correcto entendimiento del texto; pues bien entendido, te dice: contra éste, Cristo, no prevalecerán las puertas del infierno.

Sólo mediante el poder pétreo de Cristo, la iglesia puede resistir al diablo.

La fe es algo todopoderoso, como Dios mismo es todopoderoso. Por esta razón, Dios quiere también que esa fe dé una demostración de su fuerza; quiere probarla. Y para este fin tiene que arremeter contra ella el diablo con todas sus fuerzas y todos sus recursos. No en vano dice Cristo en nuestro texto que "todas las puertas del infierno no prevalecerán contra ella". Pues con "puertas" se designa en la Escritura una ciudad y su régimen, porque junto a las puertas sentaban sus reales los que tenían que entender en los pleitos de los ciudadanos, tal como lo ordenaba la ley (Deuteronomio 16:18) "Jueces y oficiales pondrás en todas tus puertas". Por consiguiente, con la expresión "las puertas del infierno" Cristo se refiere aquí al poderío pleno del diablo con todo su séquito, como lo son p. ej. los reyes y grandes señores junto con los sabios de esta tierra. Todos ellos tienen que lanzarse contra esta roca y fe. La roca se levanta en medio del mar; contra ella baten con furia las olas, la azotan con bramido ensordecedor, acompañado de rayos y truenos, como si quisieran derribarla. Pero la roca se mantiene en su posición, inmutable; porque está bien fundada. Así, pues, hay que contar intrépidamente con que el diablo pondrá en movimiento todas sus huestes y ensayará su fuerza en esta roca. Pero no logrará nada, tan poco como las olas en el mar; se alzan a amenazante altura, pero luego se desploman, y rebotan. Así podéis comprobarlo también en los momentos actuales; nuestros inclementes señores están airados, airados están también los grandes doctores y los santos de esta tierra. Pero esto no debe llamarte la atención, ni debe inquietarte. Todos ellos no son sino las puertas del infierno, y las olas del mar que se lanzan contra esta roca.

La iglesia edificada sobre Cristo tiene el poder de las llaves

Cristo sigue diciendo: "A ti te daré las llaves del reino de los cielos etc." Así como anteriormente os habéis atenido al simple significado de las palabras, hacedlo también ahora. Las llaves se dan a aquel que mediante la fe está parado firmemente sobre la roca, a aquel a quien el Padre se lo ha conferido. Ahora bien: no es posible mencionar a una persona en particular que permanezca firme en la roca. El uno cae hoy, el otro cae mañana, como cayó también San Pedro. Por lo tanto, las llaves no han sido destinadas a una persona determinada, como si ésta tuviera un derecho a ellas, sino a la iglesia, vale decir, a los que se plantan sobre esta roca. La iglesia cristiana es la única depositaria de las llaves, y fuera de ella, nadie — si bien el papa y los obispos pueden usarlas como funcionarios a quienes la comunidad o congregación cristiana ha confiado este oficio. Un párroco ejerce el oficio de las llaves: bautiza, predica la palabra y administra el sacramento de la santa cena, no por impulso propio, sino por encargo de la congregación. Pues el párroco (aun en el caso de ser un malvado) es un servidor de la congregación entera a la cual le han sido dadas las llaves. Luego: cuando el párroco bautiza etc. por encargo y en lugar de la congregación, lo hace la iglesia; y si lo hace la iglesia, lo hace Dios. Está claro, por otra parte, que se necesita tal servidor; si toda la congregación quisiera acudir en tropel para bautizar a un niño, posiblemente lo ahogarían en la pila bautismal. Centenares de manos se extenderían hacia la pobre criatura; pero no es así como se deben hacer las cosas. Por esto hay que tener un servidor que se encargue de tales funciones en lugar de la congregación.

Respecto de las llaves "para atar o para desatar" debe aclararse que esto se refiere no sólo a la autorización para otorgar al pecador arrepentido la absolución de sus pecados, sino también a la autorización para enseñar la palabra. Pues las llaves tienen que ver con todo aquello con que puedo ayudar a mi prójimo: con el consuelo que uno puede dar al otro, con la confesión pública y privada, con la absolución, pero en el sentido más general con la predicación. En efecto: cuando se predica: "el que creyere, será salvo" (Marcos 16:16) — esto significa abrir y desatar; en cambio cuando se predica: "el que no creyere, será condenado" — esto significa cerrar y atar. El atar empero viene antes del desatar". Así, cuando yo le predico a uno: "Tal como vives actualmente, perteneces al reino de Satanás", ello significa que para el hombre en cuestión, el cielo está cerrado. Y si cuando él, aterrado, cae de rodillas y reconoce su pecado, yo le digo: "Cree en Cristo, y tus pecados te son perdonados" —ello significa que ahora el cielo está abierto para él. Así lo hizo Pedro, como leemos en el capítulo 2 del Libro de los Hechos. Y asimismo tenemos también todos nosotros la potestad cristiana de atar y desatar. Todo esto empero lo han tergiversado en el afán de motivar y respaldar los decretos papales. Atar, decían, significa hacer leyes, etc. De ese modo es como suelen proceder aquellos guías de ciegos. Vosotros empero ateneos al significado sencillo de la palabra.

¡A Dios sea la gloria!

SE TERMINÓ DE TRANSFORMAR A FORMATO DIGITAL POR
ANDRÉS SAN MARTÍN ARRIZAGA, 28 DE FEBRERO DE 2007.